

Ave Lamia

Revista Cultural

Año 1, número 1



Noviembre del 2012

DIRECTORIO

Año 1, número 1
Noviembre del 2012

Director
José Luis Barrera Mora

Editor
Luciano Pérez

Web Master
Gabriel Rojas Ruiz

Consejo Editorial
Alejandro Pérez Cruz

Ave lamia es
un esfuerzo editorial de:



Director
Juvenal Delgado Ramírez

www.avelamia.com

ILUSTRACIONES:

- Portada: La Santa Muerte, anónimo.
- P. 4: La Muerte, anónimo.
- P. 5: Armagedón, anónimo.
- P. 6: La Santa Muerte en Tepito, anónimo.
- P. 7: Apocalipsis, anónimo,
- P. 8: Love among the ruins, Edward Coley Burne Jones y escultura femenina, anónimo.
- P. 9: Pareja y desnudo femenino, anónimo.
- P. 10: Foto de Tunick sobre 20 de noviembre y El Árbol del Bien y del Mal, anónimos.
- P.11: Desnudo y muerte, José Manchado.
- P. 12: Sensualidad, Diego Fernández.
- P. 13: Entre piernas, Jean Paul Nacivet y Desnudo anónimo.
- P. 14: Foto y Cartel de película Casa Blanca.
- P.15: Golpeador, anónimo.
- P. 16: Alcoholismo, anónimo.
- P.17: Duende, anónimo.
- P. 18 Y 19: Paisajes de Japón.

INDICE

	EDITORIAL	3
	SE TRATA DE LA MUERTE José Luis Barrera	4
	DESPUÉS DEL ARMAGEDON Luciano Pérez	5
	AMOR ENTRE RUINAS Leticia Vázquez	8
	EL MAL SE DESTIERRA DESDE LAS SÁBANAS BLANCAS Adán Echeverría	9
	ARIVLE IV Alfredo Alejandro Parra	11
	INSOLENTE José Antonio Mojica	13
	ME OBLIGAN A SER RICK BLAINE Mario Bravo	14
	UN HOMBRE MALO ES MUY FÁCIL DE HALLAR Luciano Pérez	15
	LUZ Ángeles Camacho	18

EDITORIAL



Morir es un arte, se ha dicho, y la vida sería una preparación más o menos larga para llegar a ese instante decisivo y único que es el morir. La muerte de todos tan temida, y que nadie quiere ver llegar y por eso se le ruega con angustia a la Virgen que ore por nosotros “en la hora de nuestra muerte”. Es que ésta provoca dolor, espanto, incertidumbre, porque nadie sabe lo que es. Y sin embargo, eso mismo nos desafía a querer conocerla, nos atrae, nos apasiona, e incluso nos enamoramos de ella. Y la hemos hecho santa.

El primero de noviembre es su cumpleaños. Desde hace unas pocas décadas se ha establecido en México la devoción a la Santa Muerte, de modo que ya hay una Trinidad mexicana, donde se ubican ella, la Virgen de Guadalupe, y San Judas Tadeo. De modo que la Trinidad oficial está abolida, porque al Dios Padre se le huye, pues nadie quiere ser regañado, ya bastó con los padres, maestros y jefes de uno (sólo a aquellos que les gusta ser zarandeados, como los Testigos de Jehová, lo siguen); el Dios Hijo fue crucificado, y la verdad es que a nadie le consta su resurrección (sólo los que ven en él al hermoso Adonis le son fieles); en cuanto al Espíritu Santo, es una abstracción improcedente.

La Santa Muerte es la imagen en rayos X de la santa católica de nombre Martha, además de que Martha y Muerte son sonoramente iguales. Pero mientras que Martha no ha logrado mayor proyección en el culto como tal, aunque ha ayudado a algunas señoras a recuperar al marido, la Muerte ha ayudado a muchas más a deshacerse de él, lo cual es un mérito más grande. La Muerte nos ayuda, sólo hay que pedirle, pero también ofrecerle. Ojo con lo que se le pide y cómo se le pide. Porque ella castiga con severidad al que no cumple con lo ofrecido. Entonces habrá que ser cuidadosos, y manifestarle sobre todo el inmenso amor que le tenemos, porque nuestra verdadera necesidad de ella será cuando tengamos que verla cara a cara, y nos lleve no sabemos hacia dónde. Conviene tenerla de nuestro lado.



SE TRATA DE LA MUERTE

José Luis Barrera
Tinta Rápida

Se trata de meterle mano a la muerte, sodomizarla, honrarla como quien rinde homenaje a las putas. Hacerla de la familia a sangre y semen. A fin de cuentas ya conoce a mi estirpe; no en vano se ha llevado a tantos y ha de llevarme a mí ¿Por qué no he de manosearla en la cama, si ella misma lo hará conmigo en el sepulcro? ¿Acaso no se ha percatado de mis flirteos? ¿Acaso no es la mujer más permanente en mi vida?

En la víspera de mi existencia esta la muerte, serena y paciente. La que nunca acosa a nadie, porque sabe que en algún momento ha de ser la mujer más codiciada. Sabe que tarde o temprano alguien la va a desear. Hombre o mujer, qué más da, cualquiera ha de ansiar sus brazos. No con la bisexual tan de moda, sino con la generosidad que la desborda. Se brinda a

cualquiera, como la magnífica puta que ha sido y será, con el sexo más democrático que he conocido.

Yo pienso que todas las mujeres que he amado (o creí amar en la confusión del sexo), son en realidad discípulas de la muerte. Que han llegado a mi lado a adoctrinarme para cuando llegue el momento de estar a su lado en el tálamo de mármol. No creo en la casualidad cuando hago remembranza de aquella generosa amante que llevaba el nombre católico de la muerte, y un sexo profano y proverbial. Ni tampoco al mencionar a aquella cuya bisexualidad la emparentaba con la hospitalaria y pródiga dama del destino. Siendo así, los templos más prolijos de la muerte están sin duda en San Pablo y en Sullivan. Donde las sacerdotisas incitan la horizontalidad con que

hemos de terminar algún día. No es oxímoron de manera alguna el sexo y la muerte, el vínculo es poco menos que controvertible.

Tal vez pueda hacer un trato: yo he de darle la cogida de su vida, y a cambio ella me ha de dar el sexo de mi muerte, que sin duda ha de ser el mejor que haya tenido.

Se trata de venirse con la muerte. No de vencerla ni retarla. Se trata de amar a la muerte, no con la vehemencia del suicida ni la resignación del enfermo terminal. Amarla como la dama más honesta y leal. La que en algún momento te ha de premiar con la calma.

Se trata de morir, al tiempo que sea, con verdaderas ganas de morir.



DESPUÉS DEL ARMAGEDÓN

Luciano Pérez

No había nada más que hacer, el mundo había estallado en mil pedazos por culpa del maldito Armagedón. “Entonces era cierto lo que decían los Testigos acerca de esto”, decía yo en mi mente. Demasiado tarde para creer, porque, al parecer, ya no había nada. La gente había muerto. Sólo quedaba yo, que tanto me reí del fin del mundo. “Todo estaba en la Revelación”, volví a pensar. Sin embargo, me di cuenta de que algo no iba como se había profetizado. Cierto, había escombros, cadáveres, polvo, humo, incendios, por todos lados. Y nadie para hacer tareas de rescate. Esto era el Armagedón. Pero a Dios no se le veía por ningún lado; quizá también había muerto, junto con todo. Con casi todo.

Caminé por las destruidas calles. Las casas se derrumbaban una tras de otra, como fichas de dominó, como naipes de tarot. “El fin del estado de cosas, decían ellos”, pensé de nuevo, recordando las frases de los Testigos que me conminaban a creer que el

Armagedón llegaría de repente, como un ladrón en la noche. O en el día. Y todo se acabó. Y yo estaba vivo. Y nadie estaba conmigo. No vi ángeles que resucitasen a los muertos, o que se llevasen al cielo a los vivos. Pronto me di cuenta: llegó el Armagedón, en efecto, pero había fracasado. ¡No fue más que destrucción! Y no se trataba de eso, los buenos tenían que vivir para ver las nuevas tierras donde Dios impondría su reino de mil años. Yo no fui bueno, y estaba vivo. Y ahora ante mis ojos, afuera del edificio donde adoraban a su Señor, ahora en ruinas, aparecieron los Testigos, todos en el suelo, muertos, con el miedo en el rostro.

Entonces, al seguir caminando, ante mi sorpresa llegué ante una casa intacta. En la puerta había un letrero que decía *Mme. Putrifar*. Toqué y me abrió una mujer alta, blanca, como de cincuenta y ocho años, cabellos cortos pintados de amarillo y mucha pintura en la cara. Al verme dijo: “Yo soy la señora del

nombre que está en la puerta. Y tú, ¿no te has muerto! Quiere decir que no estaré sola en la Dimensión Desconocida”, y se echó a reír estruendosamente. No le vi la gracia, pero me invitó a pasar, me senté en un sillón; me preguntó si quería café, y acepté. Curioso que esta casa hubiera sobrevivido al Armagedón. Mme. Putrifar pareció adivinar mi pensamiento y dijo: “Aquellos que no creyeron en el fin del mundo, no tienen por que participar de él”. Así que eso explicaba mi propia supervivencia. Le dije: “por lo tanto, habrá otras personas vivas afuera, igual que usted y yo”. Y respondió: “Es muy probable. Lo único seguro es que Dios está muerto, así como sus seguidores”. Le pregunté: “¿Usted lo lamenta?”, y ella contestó: “La verdad es que no”. Estuve de acuerdo, y bebí el café.

Mis ojos se posaron en una imagen de la Santa Muerte toda de color negro, que estaba sobre una mesa. “¿Usted cree en ella?”, le pregunté a

Madame Putrifar, y ésta me dijo que “claro que sí, por supuesto, ella me ha salvado”. Entonces pensé en que algo o alguien me salvó también, la Inmaculada Concepción, sin lugar a dudas. Ya sin sonreír la señora se acercó y me susurró al oído lo siguiente: “Pero aunque hayamos sobrevivido al Armagedón, no significa que no tengamos que morir en algún momento. La Santa me lo explicó y yo le creo, y le he pedido que aleje mí ese momento lo más que se pueda, por lo menos mil años”. No vi qué sentido tenía vivir en un mundo acabado, y me vino la idea de que, así como la de Madame Putrifar, también mi casa estaría de pie, por no haber creído yo en el fin. Así que me levanté y le dije a ella: “Tengo que irme. Necesito ver mi casa. Puede que requiera algunas reparaciones”. Me dijo: “Oh, sí, es muy seguro que su casa esté bien. Pero antes de que se retire, dele una ofrenda a mi Santa”. Me llevé las manos a los bolsillos, para saber si traía monedas, y no había ninguna, sólo una estampa en colores de la Inmaculada Concepción, mi protectora. La mujer, ahora muy sonriente, dijo, señalando la estampa: “¡Esa quiero! Démela ahora mismo”.

No, me era imposible separarme de la imagen, que indudablemente me había salvado del Armagedón. Tantas veces que los Testigos quisieron arrebátarmela para destruirla y no lo lograron. No me la dejaría arrebatar ahora. Le expliqué a Madame: “No puedo dársela. Así como usted adora a la Santa Muerte, así yo

adoro a mi Santa Virgen, y no la puedo abandonar por nada”. Ella, ya con enojo, habló de este modo: “Bueno, si no puede usted darle esa estampa a mi Santa tan querida, dese usted mismo”. Le pregunté: “¿Y cómo me doy?”, y la mujer me respondió tajante: “¡Muriéndose!” Mentalmente le supliqué a la Virgen: “¡Protégeme, en la hora de mi muerte!” Vi que Madame se metió a una habitación, y al poco rato salió con una guadaña, seguramente para cercenarme la cabeza. Recordé una frase de Anne Rice: “la muerte ha llegado en forma de una mujer demasiado blanca para ser humana”, y vi los ojos del esqueleto que estaba sobre la mesa, una luz verde que chisporroteaba incansable.

La guadaña no era grande, sino más bien del tamaño de las que traen los niños en la fiesta del Halloween, pero se veía muy filosa. Madame Putrifar me dijo, con voz que intentaba ser siniestra: “Es la hora de cortar, para que haya vida otra vez”. Entonces la figura de la Santa Muerte habló: “¡Alto! Tampoco se trata de esto”. La mujer, sorprendida, soltó la guadaña y se arrodilló ante su patrona, diciendo: “¡Señora mía, gracias por salvarme del Armagedón!”. Con su mano el esqueleto me indicó que me fuera, y así lo hice, impactado yo por la manera en que salió la voz de esa terrible boca. Ya en la calle, saqué la estampa de la Virgen y le di un beso dándole las gracias. Todo bien. Y me fui a casa, en medio de la devastación propiciada por un dios cananeo que ni nos concierne, por una rivalidad de

éste en contra de otra deidad, posiblemente sumeria. ¿A quién le importa el pleito que se traen desde muchos siglos atrás? Pronto descubrí a otros sobrevivientes, que me vieron con sorpresa como yo a ellos.

Quise saludarlos amablemente, pero se metieron a sus casas. Seguí caminando, y al poco rato oí salvajes gritos detrás de mí, y vi que los sobrevivientes, cada uno con su guadaña, me seguían con la intención de matarme. ¿Qué sentido tenía todo esto, haberme librado de una catástrofe global, para ahora enfrentar a los que decían amar a la Santa Muerte? Yo nunca me mostré irrespetuoso con ella en años atrás cuando la veía en su santuario. ¿Por qué me perseguían sus adoradores? Me detuve y les grité: “¡Alto! Tampoco se trata de esto”. Al oír eso, huyeron. Eran las mismas palabras que la Santa le dijo a Madame Putrifar, y seguramente ellos las conocían.



Me apresuré a llegar a casa, y tan pronto estuve aquí me tiré en la cama y me puse a reflexionar en el absurdo de tener que lidiar en adelante con los devotos de la Santa Muerte. ¿Por qué querían cortarme la cabeza? Como una ofrenda de sacrificio porque sobrevivieron, pero ¿para qué yo? ¿Tal vez me odiaban porque no era yo uno de ellos, a pesar de mi gran respeto por el esqueleto al que decían seguir? Recordé, además, que ella misma, la Santa, me salvó al detener a la Madame con sus palabras.

Cierto, le di las gracias a la Inmaculada, y entonces fue que pensé que más bien debí dárselas a la Muerte. Pero todavía no era tarde para hacerlo, así que me puse de rodillas en el suelo y le expresé mi agradecimiento a quien se le debía, aunque no tuviera su imagen ante la vista. Entonces fue que de lo alto, en la pared de la cabecera de mi cama, del cuadro que yo tenía ahí de la Inmaculada se oyó la voz de ésta para decirme: “¡Alto! Tampoco se trata de esto”. La vi a los ojos y le pedí perdón,

en voz alta le dije que entendía sus celos, pero intenté hacerle saber que en un mundo tan vasto, aunque destruido, había espacio para varias diosas. La Virgen sonrió y me di cuenta de cómo su rostro de adolescente se fue convirtiendo en calavera y que en sus manos traía una guadaña. Pero ya no pude percatarme de más, porque cuando menos lo esperaba ya había yo perdido la cabeza. Quizá por la impresión.





LOVE AMONG THE RUINS

AMOR ENTRE LAS RUINAS

Leticia Vázquez

Todo en su conjunto es amor y todo en su conjunto son ruinas. Puedo verlos a aquel y a éstas, puedo ver el sentimiento, el color, los detalles, las espinas, las texturas; puedo ver también una historia. Puedo ver el frío, el amor y las ruinas, y la muerte...

Yo los conocía a ellos, a todos. Los conocí a ellos y así he conocido a quienes son como ellos. Siempre existirán mientras haya enamorados en el mundo. A ella la recuerdo de azul, la recuerdo pálida, enfermiza; pero rebelde. Era única, suave, tenía pasión; aunque no era como una llama, era más bien como la nieve...fría.

La nieve también puede producir calor si se aplica adecuadamente-, le contestó a mi camarada cuando él criticó, erróneamente, su falta de sensualidad. Y fue esa frialdad lo que la acercó a ella, se propuso vencerla, derretirla. ¿Quién vencería, el fuego, o la nieve?

Si el calor consume, da vida y excita; el frío paraliza, conserva, estremece... Pero el calor también quema y también se extingue, se vence.

Paseos, conversaciones, recuerdos. El tiempo es cruel y no perdona, es como la muerte. Sus ojos grises y bellos, sus ojos bellos, son brillo. Más pálida y más fría, nunca supo lo que era el calor. Todo fue frío. Los recuerdo a los dos; la recuerdo en sus brazos, con su vestido azul. Tan pálida, que el azul la absorbe, ella toda es azul. Su corazón...Sangre que hiela, sangre que quema.

Recuerdo que era el último día entre las ruinas, entre las espinas, las flores de durazno. El último día entre el amor y el frío. Él la sostiene fuertemente, viste un traje negro, su traje negro, tan negro que los dos se ven más pálidos, tan negro que ella se ve más pálida.

Al día siguiente la despedimos, la despidió él, quien siguió el camino de ella:

se enfrió, ella lo enfrió. Y a los tres días, se fue....para siempre. Mejor así, vivir con frío y con tristeza, no es bueno para nadie.





EL MAL SE DESTIERRA DESDE LAS SÁBANAS BLANCAS

Adán Echeverría

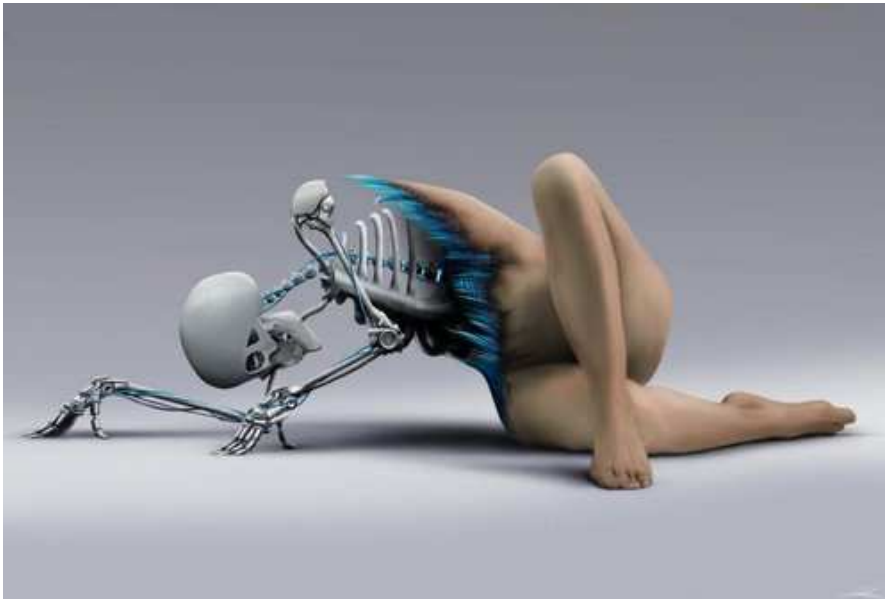
El mal se destierra desde las faldas cortas
el mal se destierra desde los apostolados
el mal se destierra desde la fábrica de lencería
el mal se destierra en las discotecas
a las 3 de la mañana
se destierra en zarabanda y poca ropa
el mal se destierra en las playas nudistas
en las video cámaras
es desterrada en línea por los cibernautas
el mal se destierra acaso en este cuerpo
acaso en este muslo acaso en este seno
el mal se destierra sobre los tatuajes
se destierra blanco sobre blanco el ojo abre
el mal se destierra en cada niña tundida a palos
limaduras de vidrio entre los párpados
el mal se destierra en la quinceañera limpia
que agita el muslo con sus chambelanes
se destierra en la catequista
que quiso pegarme con su látigo
¡cómo la recuerdo después de comulgar!
el mal se destierra a la hora pico del tránsito
en cada vendedor de grapas que me asalta
encima de los puentes





el mal se destierra en la fila del banco
y los cajeros automáticos tan misericordiosos
(¿qué duende vive adentro de esa maquinita?)
el mal se destierra en cada círculo de paz
con cada orgasmo reprimido
que se anuncia en el periódico
el mal se destierra al quitarse la ropa
frente al camarógrafo extranjero
en el zócalo empujándonos saliva
y todos griten pulque mientras les muestro el dedo
el mal se destierra huyendo las granadas de pimienta
corriendo en avenidas ya las balas vuelan
brincando moteles encimadas teas
el mal se destierra en barricadas
y bajo tu carne bajo tu sello de agua
el mal se destierra
¿y el bien? A quién le importa
si tengo en mi montura
tu sedienta boca de agua
comprimiéndome la pierna





ARIVLE IV

Alfredo Alejandro Parra

Te perdí.
Cuando devorabas espectros ciudadanos.
En la insensatez del cobarde que dice amar
en cualquier altar de herejías y misas negras.
La noche encajaba, Arivle,
cuando el oráculo nos predijo la desdicha
y tú sonreíste mostrando los colmillos al fracaso
mientras el negro de tus ojos abrían los abismos.
Tus labios tumefactos y aternurados dijeron: "Sí"
sin que yo sospechara la daga del desengaño
que blandías para cortar la cabeza a mi corazón.
Pequeña bestezuela de adolescencia agónica
nunca te tuve porque nunca estuviste,
quizá sólo un lamento de moribundo en madrugada,
quizá una luz mortecina en una carretera solitaria,
quizá sólo un fútil reflejo y por lo mismo inatrapable.
Arivle, ¿Alguna vez me amaste?
¿Te abandonaste a mis locuras trágicas
y chirriaste tus uñas sobre ellas para sentir su temblor
cuando despacio succionabas mi alma?
Sé que un día te deshielé la piel para sembrar espinas,
espinas nuevas que lloraban veneno para mí.
Lo supe cada vez que tus labios las clavaban
de a poco y una a una
en cada cicatriz que había coleccionado.
No. Imposible retroceder el tiempo.

Hoy tengo los sueños cancerados
la lepra del desencanto me tira a pedazos
y descarna, impía, esa alma que te amó.
Te añoraré siempre, Arivle,
te buscaré
en los ojos de las gorgonas de la avenida Juárez,
en la piel rugosa y fría de las panteras de julio,
en los jadeos de los gatos agónicos de hembra
y este amor pervivirá
maldito
entre las calaveras del verano y el mes de abril,
cuando las amapolas florecen
y los poetas se vuelven cocodrilos al amanecer...



INSOLENTE

José Antonio Mojica



Has llenado mi casa con tus caderas y extraños presentimientos acerca del helado de yogurt y el color morado. Aunque te desagrade mi cara, mires ladrones donde no hay y te dé por orinar como una maldita desesperada, has hecho de mis mañanas una materia más blanda.

Miro a mis padres y me parecen menos siniestros y hasta tengo ya un lugar para los tontos días. A mis reclamos eres una sorda, te burlas y lames las sobras de mi cuerpo: cualquier argumento se deshace en tu saliva.

Te he visto feliz y desnuda bailando sobre la cabeza de un elefante, saltar a una cama de víboras y calificar pruebas de adolescentes. No es necesario explicar el porqué de tu vocación animal.

A la mitad del labio izquierdo de tu sexo hay un lunar, de ahí he bebido la sangre de tu menstruación con el fervor de un santo que comulga con Dios.

Y sin embargo esta sed de lejanía, ese sucio sentimiento de permanecer hermético. Miro las piedras como espejos y detrás de tus ojos se quiebra un aullido. Somos pasajeros de una noche en que la culpa como la caída es permanente y ridícula. Una luz quebrantada exalta la pupila y tu paladar pastoso sólo habla de escombros.

La línea de tu veneno ha marcado la distancia. No tenemos nada en común y las personas que te conocen solo se quejan de ti.

Porque no quiero verte más, he cambiado la cerradura. Sólo tu cabello penetra en mi sueño como un oleaje de cerveza.

Forjo un cigarro y me arranco la lengua.





ME OBLIGAN A SER COMO RICK BLAINE

Mario Bravo

Hoy tantas cosas te podrían alejar de mi abrazo, desde el casero que llega a tu puerta a fin de mes, hasta la ropa tendida que el viento ha tirado al suelo; incluso también aquel niño que irrumpe en tu apartamento para darnos una lección: llora y maldice porque entiende ya a sus siete años de edad, que la vida es aburrida si nuestros días se convierten en rutina. Tanto peligro corremos, amor, que hasta la pila de trastes sucios en el fregadero amenazan con arrancarme de tu abrazo.

Habría que cuidarse también de los despertadores que nos declaran la guerra a las 7 a.m., con intenciones más que claras de exiliarme de tu cama, haciéndome sentir como Rick Blaine en *Casablanca*, sabes, en la escena del aeropuerto. Temo tanto decirte que conmigo no estés, que te vayas con tu marido, novio o hijo, que nos quedemos una hora más en tu cama — o quizás hasta que termine el noticiero de la mañana—, temo si acaso proponerlo porque bien sé que te arrepentirás...

"Tal vez no ahora, tal vez ni hoy ni mañana, pero más tarde, toda la vida". Ni París ni tu departamento, ni aeropuertos o Bogart, aquí sólo estamos tú y yo, y nada nos quedará si nuestro abrazo acaba antes que tomemos el café del desayuno.

Y si llueve, quizás deba irme temprano de tu departamento. Nubes guardando las lágrimas de una ciudad, relámpagos que anuncian naufragios, calles como ríos, todo eso me puede separar hoy de la trinchera que he cavado en tus brazos. Y si llueve, quizás deba irme temprano, tal vez me acompañes a la puerta que mira hacia la calle y justo ahí, debajo del aguacero, entre charcos y con tu cabello escurriendo ya el tinte rojizo que te aplicaste ayer, quizás ahí pidas que no me vaya, que espere al menos hasta que la lluvia se detenga o hasta que tus manos no estén tan frías, y entonces puede ser que entremos de nuevo para beber mate o café, charlando mientras Sabina afirma que

"cuando duermo sin ti, contigo sueño...", entonces y sólo entonces quizás nos abracemos, hasta que pare de llover o se inunde la ciudad.





UN HOMBRE MALO ES MUY FÁCIL DE HALLAR

Luciano Pérez

“Qué lástima que el corazón se aferra, por lo general, a personitas que no lo valoran ni le corresponden”. Esta nota escribió la mujer, en una más de sus respuestas de rechazo a todo aquel que la pretendiera. Se sentía triste de tener que responder así, siempre las mismas palabras, pero estaba decidida a seguir lo que su corazón quisiese. Y lo que éste quería era... a un hombre malo. Pero alguien así es muy fácil de hallar. No es como buscar a un hombre bueno, que nunca aparece, aunque algunas mujeres creen que alguien lo es sólo por traer la corbata y los zapatos adecuados.

El hombre malo la había olvidado hacía ya dos años. Aunque él seguía hablándole por teléfono, o enviándole correos electrónicos, para saludarla, lo cual la emocionaba mucho. Y es que ella tenía fe de que en cualquier momento él regresaría. Sólo que el hombre

malo no pensaba volver, no necesitaba hacerlo nunca más, no desde que ella decidió no abrirle más las piernas sino hasta que prometiese casarse con ella. Él soltó la carcajada cuando se lo dijo, y contestó que eso le era imposible, porque ya se había casado tres veces. “Y una cuarta no quiero, nunca más”, y se fue, azotando la puerta, no sin antes tirarle a la cara las llaves del departamento de ella, con las cuales durante años había entrado para dormir y disfrutar, cada jueves.

Pero aunque él no la “valorara” ni le “correspondiera”, ella esperaría hasta el último día de la humanidad que él volviese decidido a casarse; último día que ella pensó que estaba cada vez más cerca, porque se había hecho testigo de YHWH desde que le prometieron que en el nuevo reino de Dios le devolverían el bebé que se le había muerto antes de nacer.

Ese bebé había sido el único testimonio del amor que ella le tenía al hombre malo. Pero a éste no le había importado ese hijo que iban a tener, y de hecho le pidió a ella que lo abortara, incluso le llevó el dinero y la dirección de una señora que se encargaría del asunto. Ella se negó a hacerlo, pues quería tenerlo. “¿No te das cuenta de que es TUYO?”, ella le decía, y él respondía que no tenía interés en ser padre, porque ya lo era (tenía tres hijos con diferentes esposas). Fueron constantes estas discusiones, y en uno de los últimos meses de su embarazo, ella hizo tanto coraje, que perdió al bebé antes de darlo a luz. Éste prefirió salirse, quizá al darse cuenta de la maldad de su padre y del empecinamiento de su madre.

Y después, el hombre malo, quizá arrepentido, le llevó flores al departamento donde ella vivía sola lejos de sus familiares. Siempre quiso ser

independiente, y su empleo de secretaria le daba lo suficiente para vivir. Y le alcanzaba para comprarle cerveza y cigarros al hombre malo, quien se emborrachaba feliz junto con ella cada jueves, en ese mismo departamento. Ella quería otro bebé de él, se empeñó en tenerlo a como diera lugar. Ya no fue posible, y como después le explicaron los hermanos Testigos, Dios no quería que otro producto del pecado viniese a la vida.

Muchos hombres la querían, la adoraban, le pedían matrimonio. Ella fue firme: el corazón tiene que ser obedecido. Si el corazón se aferra a un hombre malo, ¿qué se puede hacer? Nada. Ni siquiera quiso casarse con un testigo, lo que por poco le valió la expulsión. No se llegó a tanto, porque ella prometió que en el nuevo reino se casaría con él. No pensaba eso en realidad, sino que le pidió a Dios que el hombre malo fuese aceptado en el reino, en gracia del amor sincero que ella le tenía. "Dios me escuchará", se dijo a sí misma, y tuvo la gran expectativa de que en ese nuevo reino los tres vivirían felices para siempre: el hombre malo, ella, ahora sí bien casados, y el hijo no-nacido de ambos, ahora sí ya nacido y que lograría ser una bendición para sus padres.

Entonces, tenía confianza en que YHWH haría que el hombre malo volviese con ella. Hasta que se le apareció el duende. Una noche estaba la mujer cocinando, había regresado del trabajo, metida en sus recuerdos de cuando

cada jueves el sexo y la cerveza le daban un ambiente alegre a este departamento, en el cual vivía desde que su abuela se lo regaló al cumplir veinte años. Y ya habían pasado más de dos décadas de eso. Como ya trabajaba, no necesitaba vivir con sus padres. Mejor ser independiente. Entonces oyó un ruido en la sala. Fue a ver qué ocurría, y ahí estaba él, un duende vestido de rojo y verde, sombrero tirolés, botas cafés, y con aspecto tranquilo en su rostro barbado. "Perdón", dijo él, "tiré una taza que no vi. Te la pagaré". Ella, muy asustada, se encomendó a YHWH y le dijo al duende: "¿Quién es usted?" Y él respondió, quitándose el sombrero: "Un hombre bueno, al que tú no quieres encontrar", y sacó dos monedas de oro en pago por la taza y las dejó en un sillón. Ella se desmayó de la impresión.



A los pocos minutos volvió en sí, y el duende todavía estaba ahí. Ella como pudo se atrevió a hablarle: "¡Pero no eres un hombre! ¡Eres un hombrecillo!" El duende, muy sereno, respondió: "Uno u otro, pero soy bueno, y no me importa lo que tu corazón piense: Te valoro y te correspondo, y se acabó, ¿entiendes?" La mujer, con rostro afligido, no se rindió: "Además, no vienes de Dios, sino del enemigo, del demonio". El duende, suspirando, contestó: "En efecto, no vengo de Dios. Y es muy posible, como dices, que venga yo del Diablo; pero nada de eso influye en nada en lo que ya te dije: soy un hombre, u hombrecillo, bueno. ¿Me quedo contigo, entonces?" Ella, con angustia, no sabía qué hacer, si ir por una escoba y echar fuera al ser, o por una cubeta con agua y mojarlo. Prefirió tomar su Biblia, para hallar un pasaje que la protegiera. Pero sus manos temblaban tanto que no atinó a encontrar nada.

Ya aburrido, el duende fue hacia ella, le arrebató el libro y le dijo: "¡Basta de todo esto! Si tu corazón se aferra al hombre malo, a esa personita, entonces quédate con él. Así que me voy, no sin antes darte un recado de tu hijo". Al oír eso la mujer se estremeció, lo cual satisfizo al duende, quien continuó así: "Tú no lo sabes, pero te lo explicaré. Los niños que mueren sin nacer, o a los pocos días de nacidos y no fueron bautizados, se convierten en duendes. Tu hijo y yo lo somos, aunque soy

mayor que él como se nota en mi barba, que él alguna vez tendrá también. Hemos sido amigos por años, y él me envió con la encomienda de decirte que te quiero para que te olvides de la personita. Veo que fracasé por completo". La mujer, llorando, le preguntó: "¿Y cuál es el recado?" El duende, ya listo para irse, dijo: "¡Que mandes tu corazón al diablo!" Y se fue.

*

Después, en el reino de los duendes, dos de ellos conversaban. "¿Qué te dijo mi madre?" "Espera todavía a la personita que te engendró. No hay remedio. Cree que ella y él, junto contigo, se reunirán en un

reino donde vivirán felices para siempre". "¿Pero le dijiste que eras un hombre bueno?" "Sí, o al menos hombrecillo. Sólo que no quiere nada de eso. Un hombre malo al cual aferrarse, es más fácil de hallar. Y ella lo halló". "¿Y le mandará su corazón al Diablo?" "Eso ya lo hizo desde hace mucho tiempo, por eso es que casi naciste".





LUZ

Ángeles Camacho

1

dulce navaja
cala el ojo espeso
de la noche

2

aleteo sin ave
perla el hilo mojado
en la telaraña



3

el borde del día
da alborada a la uva
con sólo un toque

4

leves hojuelas
caen del sol naciente
en brillo espiral



5

sobre la noche
pende la hojuela de luz
es media luna

6

daga radiante
se desliza rotunda
hiera en el fondo



7

destello fugaz
esclarece el momento
de la apertura

8

llega el instante
surge el brillo frugal
del intelecto



PARA DICIEMBRE

Ave Lamia

Revista Cultural



Jose de Barra, Virgen del Apocalipsis, s. XVIII, óleo sobre tela.

Virgen del Apocalipsis Pinacoteca La Prolesia
Siglo XVIII José de Barra

DICIEMBRE DEL 2012